

berano y en la corte misma, aquella derrota, la primera desde la fundación del imperio, causó grande irritación. Persigny manifestó en seguida la intención de vengarse: los diputados refractarios serían privados del patronato oficial y tratados como enemigos en las próximas elecciones. Al acercarse éstas, se vió que la amenaza no había sido olvidada, pero que las represalias se ejercían parcialmente. Varios de los 91 disidentes parecían amnistiados por el poder, ya porque hubiesen dado ulteriores pruebas de docilidad, ya porque se hallasen apoyados por altas influencias, ó ya porque su popularidad hiciese difícil el combatirlos. ¿Sobre quiénes iban á ejercerse los rigores del gobierno? Aún no se sabía con certeza; pero ya se designaba á los señores de Flavigny, Lemercier, Plichón y Keller. Estos personificaban la oposición religiosa propiamente dicha, la que hubiera sido incomprensible en 1857, la que había nacido de las complicaciones romanas.

He reservado para lo último el partido que más me embaraza describir. Este partido residía en todas partes sin hallarse fijo en ninguna; extendía su dominio sobre todos los grupos sin que ninguno le perteneciese enteramente; había trabado inteligencias por uno y otro lado, pero sin que las simpatías llegasen nunca á la inviolable fidelidad. Todo el que había conservado el culto de las letras, la afición á la elocuencia, el instinto de la libertad, se aproximaba á él por afinidad natural. Había brillado en el Luxemburgo, en el Palacio Borbón y en las cátedras de instrucción pública. Aún poblaba los salones y sobre todo las academias; y el palacio Mazarino era su dominio y como su fortaleza. A este partido es difícil darle un nombre. ¿Era el partido orleanista?, ¿el partido liberal?, ¿el partido constitucional y parlamentario? Ninguna de estas designaciones es falsa, pero ninguna satisface plenamente. Los ex ministros, consejeros ó amigos del rey Luis Felipe, Guizot, el anciano duque de Broglie, Rémusat, Vitet, Saint-Marc-Girardin, eran como el Estado mayor fijo y permanente del grupo, por cuya razón el título de *orleanista* parecía exacto y justificado. Pero ¡qué de extensiones! A la derecha hasta los católicos liberales, hasta los legitimistas amigos de las instituciones representativas, y á la izquierda hasta los constitucionales que se extraviaban hasta los lindes de la república. Su falta de cohesión quedaba compensada por su brillo. La coalición (pues era más coalición que partido), encerraba lo más ilustre de Francia. Figuraban en ella casi todos los católicos liberales: Montalembert, dominado siempre por el arrepentimiento de su adhesión pasajera al imperio, ya encorvado bajo los primeros ataques de la enfermedad que pronto había de reducirlo á la impotencia, y dejando rebosar en elocuentes invectivas el derrame de sus inquietudes, de sus cóleras y de sus desprecios: el príncipe Alberto de Broglie, moderado, polemista grave y cortésmente irónico, escritor de buena cepa y de un talento que no haría más que crecer: monseñor Dupanloup, ya muy preocupado por lo que él llamaba el peligro social, peligro que él veía de lejos cuando nadie lo vislumbraba aún, y que denunciaba con excesiva vehemencia, de modo que sus escritos, llenos á veces de citas incompletas, tocaban las cuestiones sin profundizarlas y perdían en autoridad duradera lo que ganaban en impetuosidad. En la coalición en-

traban también los legitimistas más transigentes, los que durante todo el imperio trabajaron en esa labor de Penélope que se llamó la fusión: Berryer era tenido por aliado, y más todavía Falloux, que olvidaba, entre tantos hombres de talento, lo que él llamaba la pobreza de espíritu de sus amigos. La común desgracia había borrado ó suavizado los disentimientos pasados: así es que los antiguos miembros del tercer partido ó de la oposición dinástica, como Odilón Barrot y Duvergier de Hauranne, hacían causa común con los que habían combatido antes. Ensanchándose aún más los límites, nadie era excluído, ni Dufaure, que en recientes y ruidosos pleitos había reconquistado la fama ejerciendo de abogado defensor; ni Labulaye, que acababa de publicar con el título de *Paris en América* una viva sátira de nuestras costumbres centralizadas; ni siquiera ciertos republicanos notorios, como Julio Simón, que pasaron varias veces por el grupo sin mezclarse con él. El más ilustre de los antiguos jefes parlamentarios era Thiers; pero aunque pertenecía á la coalición y hasta la inspiraba á veces, cuidaba mucho de no hacerse solidario con ella. Esta reserva era calculada; el eminente personaje, muy positivo en sus ambiciones, buscaba la popularidad práctica, la que da los sufragios. Además, no le gustaba mucho aquella especie de sociedad heterogénea que no se dejaría dominar por él enteramente y en la cual se hallaría expuesto á oír muchos discursos que no serían los suyos.

Las recientes ampliaciones de las atribuciones legislativas habían impresionado á los antiguos parlamentarios. En 1852 y 1857 habían podido mostrarse desdeñosos. Pero ya la arena era digna de ellos, como lo eran los intereses á defender. En tal disposición de ánimo veían acercarse las elecciones. Sin embargo, con tal motivo iba á ponerse de manifiesto su verdadera situación, á la vez muy brillante y muy precaria. Todo lo que en París les aseguraba renombre y gloria, se desvanecería al soplo poderoso y brusco del sufragio universal. Ignoraban los gustos de las masas y generalmente no les ofrecerían sino lo que ellas eran incapaces de comprender. Les gustaban más los libros que los folletos, y los folletos más que los periódicos; de los periódicos, preferían los más refinados, los más delicados, y su pensamiento vagaría muy por encima del vulgo. De todas las armas de combate hubieran escogido la más fina, el puñal, por ser la que más se parece á una pluma; y en las luchas del sufragio universal la mejor arma es la más pesada, la maza. Defendían las causas perdidas, y al pueblo no le gustan los vencidos, á no ser que el infortunio, por su grandeza conmovedora ó trágica, impresione las almas como un poema ó una leyenda. Personificaban la libertad, palabra algo abstracta, cuyo sentido se penetra mal sin un principio de cultura y de estudio. Representaban á todas las aristocracias: la aristocracia de la educación ó del gusto, del talento ó de la sangre, mala condición para conquistar á las sociedades democráticas, rebeldes á todas las superioridades, exceptuando la del oro, que les proporciona la brutal sensación del deslumbramiento. Lo peor para ellos era que no contaban con ninguna fuerza propia. Había legitimistas en el Oeste y en el Mediodía, republicanos en las grandes poblaciones y católicos en todas partes. ¿Dónde estaban, al menos en forma de

grupo compacto, los orleanistas, los constitucionales, los liberales? No podría hacerse la guerra sino con tropas prestadas, reclutando aquí á los demócratas, allá á los realistas y acullá á los católicos: de aquí el doble peligro, ó de no ser comprendidos si se mantenían en las generalidades, ó de emplear lenguajes contradictorios si se amoldaban á todas las diferencias de lugar. Estos ilustres personajes conocían perfectamente su debilidad. Hubiera sido necesario que otros les conquistasen las actas para ser ellos los diputados.

Los parlamentarios tenían, sin embargo, á su servicio á uno de los periodistas más notables de la época, mejor dicho, el primero de todos, puesto que el señor de Sacy envejecía y puesto que Luis Veuillot se hallaba entonces condenado al reposo. En 1863, el periodista á que aludo estaba próximo á llegar al pináculo de su fama, aunque era joven todavía. No es posible hablar de los antiguos partidos durante el *Segundo Imperio* sin que su nombre acuda en seguida á los labios. El personificó la coalición y muy particularmente el orleanismo liberal, cuya viva encarnación fué durante doce años.

«¿Conocéis á Prévost-Paradol?, escribía desde el destierro en 1854 Edgardo Quinet. Acabo de leer de él en la *Revista de Instrucción Pública* un artículo extraordinariamente notable (1).» El joven, cuyo nombre desconocido se murmuraba por primera vez, aspiraba ya á mayor publicidad que la de la revista modesta en que habían llamado la atención sus primeros ensayos. Procedía de la Escuela Normal, de esa escuela que, según la expresión de Weiss, «conduce á todo, sin exceptuar la enseñanza.» Estaba encargado de una cátedra en la Facultad de Aix cuando, en 1856, le ofrecieron un puesto en la redacción del *Diario de los Debates*, puesto que aceptó gustoso (2). En los *Debates* tuvo á su cargo el *boletín político*. Bajo su pluma, aquella reseña diaria, naturalmente seca, adquirió colorido y vida. Su espíritu discernía admirablemente la superioridad de las cosas, y lo que él había abarcado en conjunto, lo resumía con una brevedad natural que no acusaba esfuerzo alguno y con una claridad elegante que no dejaba nada obscuro. Condensaba luego el mismo resumen y con una palabra austera ó festiva, irónica ó profunda, grababa con un relieve impresionable el acontecimiento principal ó la impresión dominante del día. Lo que había dicho Quinet, otros más ilustres lo repitieron: «¿Quién es, pues, ese Prévost-Paradol?», preguntaba Thiers.

La condición de los periodistas durante el imperio, muy precario desde muchos puntos de vista, era, bajo otros conceptos, bastante envidiable, pues no había ninguna de sus esclavitudes que no tuviese su compensación. En la mezcolanza confusa en que se agita la prensa libre, á los espíritus más vigorosos les cuesta trabajo abrirse camino y difícilmente sobresalen entre las medianías que los rodean. El régimen de 1852, al imponer la ley general del silencio, ponía de relieve á los pocos privilegiados que tenían licencia para hablar. Sobre el terreno despejado, el talento no tenía competencia alguna que temer é iba derecho al público que, no teniendo la facultad de escoger, le prodigaba su favor. Sucedió, pues, que la autoridad individual de los periodistas crecía á medida que disminuía el poder colectivo de la

(1) *Letras* de Edgardo Quinet, tomo I, pág. 177.

(2) *Prévost-Paradol*, por M. Gréard, pág. 50.

prensa. Las duras trabas de la legislación desanimaban á los débiles ó torpes, mientras que los fuertes gozaban en vencer las dificultades. El público se había acostumbrado á comprender con media palabra; él completaba las frases, terminaba las ideas y, maravillado de que los periodistas pudiesen decir tantas cosas á pesar de la censura, se preguntaba con admiración cuál no sería su ingenio si la censura no les cortase las alas. Para los gentes responsables, para los accionistas, la ansiedad era perpetua; para los publicistas, que no respondían más que de sus artículos, la sensación del escollo siem-



Prévost-Paradol

pre inmediato no dejaba de tener su encanto, y en sus condenas hallaban la prueba de que sus tiros habían sido certeros.

Esta condición fué la de Prévost-Paradol. Poco tiempo después de haber empezado sus campañas periodísticas, no le bastó el *boletín político*, y su facundia se derramó en largos artículos. Creó un género nuevo lleno de paralelos imprevistos, de retenciones maliciosas, de ironías ingeniosas y despreciativas. Hay en la estatuaría ciertos ropajes mucho más atrevidos que el desnudo. Prévost-Paradol practicó un arte parecido y se sirvió de todo, hasta de los velos con que se veía en la necesidad de cubrir sus pensamientos. Encantaba á todo el mundo, incluso sus adversarios. «Tira contra nosotros, decía en cierta ocasión Sainte-Beuve, pero tira tan bien!» Si así hablaban sus enemigos, ¡cuál no sería el encanto de aquellos en favor de los cuales se libraba la batalla! Los viejos parlamentarios revivían en Prévost-Paradol como revive un padre en su hijo querido. Hacía diez años que se les decía que sus doctrinas estaban muertas, y de pronto había surgido para su causa un campeón, no gastado por las antiguas luchas, sino de pluma joven, flexible y ágil, un maestro en el arte de la ironía y de la invectiva, doblemente armado de la fuer-

za de sus razones y de la fuerza de su desprecio. Para colmo de ventura, resultaba que aquel joven hablaba la lengua clásica más pura, de modo que, uniéndose la afinidad literaria á la afinidad política, su labor ofrecería todos los encantos. No tenía nada de pedante, era aficionado al trato de las personas cultas y desdeñaba las vulgaridades democráticas; no hacía alarde alguno de erudición, pero evocaba bellos recuerdos clásicos como si hubiese vivido en Atenas, y, en efecto, nadie fué más ateniense que él por el culto de lo bello, por la sabiduría, por la doble aptitud para descubrir la parte filosófica de las cosas ó su ironía. En el mundo orleanista y liberal se grangeó simpatías entusiastas. En las esferas oficiales le llamaban desdeñosamente el *secretario general de los antiguos partidos*. El joven periodista puso empeño en no desmentir ese título. Poco tiempo después, señaló él mismo su puesto y selló la alianza con la publicación de un folleto muy audaz sobre los *antiguos partidos*. El folleto fué denunciado y se procesó al autor, que fué condenado á dos meses de cárcel. Cumplió su pena en la casa de curación del doctor Blanch, más bien como convaleciente que como preso, y sobre todo como pecador menos arrepentido que jamás.

Sin embargo, el *Diario de los Debates* tenía propietarios circunspectos y representaban intereses considerables que no se arriesgaban á la ligera. Prévost-Paradol no abandonó la redacción del periódico, pero se le vió subir con menos frecuencia los gastados escalones del viejo caserón en que se hallaba instalado detrás de la iglesia de San Germán de Auxerrois. En las guerras navales hay pequeños brulotes destinados á volar, pero después de un rudo cañoneo. En la lucha de la prensa de oposición al imperio, *El Correo del domingo*, fundado en 1859, hizo el oficio de uno de esos pequeños buques heroicos y sacrificados. No se publicaba más que los domingos, como lo indicaba su título, pero ese día se desquitaba en grande del silencio que le estaba impuesto durante los otros seis de la semana. Conociendo á fondo el código de la prensa, recibía alegremente la primera amonestación, no se inmutaba mucho á la segunda y limitaba su ambición á evitar la tercera, la que causaba la muerte. A la primera amnistía, aceptaba el perdón con notable ingratitud y volvía jovialmente á las andadas con una seguridad que era de poca duración, pues no tardaba en cometer los dos delitos que harían mortal el tercero. Prévost-Paradol fué el alma de este periódico que vivía entre la batalla y la muerte. En él publicó sus artículos más espontáneos y más atrevidos, sin apartarse del procedimiento adoptado en los *Debates*. Un apólogo, una comparación, un recuerdo, todo le servía de materia para forjar sus dardos. Había artículo suyo que desde el principio hasta el fin no era más que una alusión, sostenida por milagros de ingenio y contenida por milagros de prudencia. De vez en cuando, abandonaba la sátira para profundizar los más arduos problemas de la filosofía; otras veces trataba de descubrir el porvenir de su país, y dejaba escapar como al azar algunas de sus previsiones, lúcidas hasta la profecía, que habían de desarrollarse más tarde en los últimos capítulos de *La France nouvelle*. El *Courrier du dimanche*, aquel pobre buque, hacía agua por todas partes. Los repetidos golpes de las severidades administrativas eran como balas de cañón que destrozaban su

casco, y siempre parecía á punto de zozobrar. A cada suspensión de armas, se carenaba, pero mal, y, antes de llegar á alta mar, experimentaba alguna nueva avería. Esto no preocupaba mucho á los tripulantes. No se habían alejado de la segura y opulenta casa de los *Debates* para navegar por bonancibles aguas. Atendían más al honor que al peligro; y á cada golpe que dejaba malparada su pequeña nave, la brisa les traía de tierra el ruido de los aplausos de sus amigos.

Aquel pensador delicado, aquel admirable estilista, ¿proporcionaría á su partido tanta fuerza como brillo? Los antiguos jefes parlamentarios habían de hacerse muy á menudo esta pregunta hasta el final del imperio, y se la hicieron por primera vez en 1863, cuando la proximidad de las elecciones les demostró la necesidad de un *trucheman* entre el sufragio universal y ellos. He dicho cuáles eran las raras dotes de Prévost-Paradol. Vamos á ver en qué consistía su debilidad. «Los ilotas vencieron á Lacedemonia,» decía el gran periodista un día de despecho. Los ilotas eran el sufragio universal; Lacedemonia (hubiera podido decir más justamente Atenas) era el grupo en que se agitaban sus nobles y gloriosos amigos. Prévost-Paradol era menos á propósito que nadie para remontar aquella corriente del sufragio universal. Para esta empresa se necesitaba fuerza, y él era fino y delicado; se necesitaban algunas ideas muy sencillas, y él se complacía sobre todo en las ideas ingeniosas; era necesario desplegar vivos colores, y él hacía centellear un número infinito de delicados matices. El chisporroteo de su ingenio se evaporaba en la superficie de las masas, como una espuma ligera resbala sobre una roca de granito. Paradol personificaba el eclecticismo, es decir, lo que menos comprende el pueblo. Era escéptico al extremo de poner en duda el alma inmortal, y, sin embargo, su lenguaje nunca revistió expresiones más tiernas que cuando alababa á sus contemporáneos más cristianos, tales como Lacordaire, madama Swetchine y otros no menos santos. Muchas veces hizo el elogio de la monarquía, pero con toda clase de reticencias que hacían vacilar la fe misma que parecía afirmar. En la sociedad que frecuentaba, discernía corrientes contrarias y, según las impresiones de su naturaleza vibrante, iba de una á otra, ora entregándose á todas las jovialidades de su inspiración, ora acongojado de súbito por las preocupaciones del porvenir, por las ansiedades patrióticas que habían torturado á Tocqueville en sus últimos días. A ese hijo mimado de un grupo selecto se le prodigó todo: delante de él se abrían los salones, y también los gabinetes de las damas: la Academia esperaba que tuviese la edad reglamentaria para ofrecerle un sillón; sus artículos se encontraban sobre todas las mesas de lectura, y no había círculo ilustrado que no repitiese sus frases. Decíase que recordaba á Aristófanes por su audaz fantasía, á Swift por su sarcasmo amargo, á Voltaire por la luminosa brevedad de su sátira. A fines del reinado había de conquistar al mismo emperador, á quien, para vencer á tal adversario, no se le ocurrió nada mejor que absorberlo. El único poder que le trató siempre con rigor fué el sufragio universal. Ese hijo de los *antiguos partidos* había de servirles de un modo bastante mediocre, porque se parecía demasiado á ellos.

Esa fisonomía singular acabará de revelarse hacia

fines del Imperio. Desde ahora se ve bastante clara para apreciarla, y no he resistido al deseo de describirla. Seduce y atrae, con algo de incompleto que entristece. Ese literato exquisito cogió en su camino todas las flores de la fama, pero se detuvo en el umbral de la gloria. No pasará de ser, según la expresión de sus contemporáneos, como el *secretario general de los antiguos partidos*, y de antiguos partidos que no han reinado. Con mano firme y ágil asestó al Imperio golpes brillantes, pero no de esos que hacen vacilar. En el orden de las cosas exteriores, una viva previsión le hizo ver los peligros próximos; le aterraron y los denunció con admirable elocuencia. La mayor singularidad de su destino fué que se adhirió á Napoleón en vísperas de su caída y murió de la derrota del que más había él combatido. En la gran catástrofe, quebrantóse su vida al mismo tiempo que su razón, y cuando el huracán se hubo apaciguado, permaneció como un despojo, un despojo ya olvidado, en medio de todo lo que la tempestad había destruido. El aislamiento que se extendió en torno de su memoria contrasta con los favores que se habían acumulado en torno de su vida. De aquel niño mimado de la fortuna no quedan más que hojas dispersas, el recuerdo de un suicidio trágico, una tumba en tierra extranjera, y en el claustro, una hija, único resto de un hogar extinguido, ora en medio del silencio por el que fué el último de los atenienses.

## VI

He procurado describir la situación de los partidos, mal armados para la lucha y, sin embargo, inclinados á tomar parte en ella. El hombre á quien incumbía agrupar las fuerzas gubernamentales y combatir á la coalición era el Sr. de Persigny. Este personaje, por la mezcla de sus teorías liberales y de sus proceder arbitrarrios, había ofrecido tan singulares contrastes que no se sabía bien lo que se podía esperar en materia de tolerancia ó de severidad.

Ya conocemos á ese servidor de los primeros días que en Luis Bonaparte proscrito adivinó al soberano futuro y que sin temor ni desaliento le siguió desde Arenenberg hasta el palacio de las Tullerías. La abnegación tiene sus exigencias. Las de Persigny fueron ilimitadas. Su objetivo no era el dinero, al menos el mal adquirido. En cuanto á dignidades, había sido colmado de ellas desde el primer día; á estas alturas era senador, gran cruz de la Legión de Honor, miembro del Consejo privado; además había sido embajador en Londres; en 1863 dirigía por segunda vez el ministerio del Interior, que ocupaba desde hacía tres años. Muy por encima del oro y hasta de los honores, que, sin embargo, no desdeñaba, aquel amigo del destierro hubiera deseado otra recompensa para su fidelidad: como sus servicios eran los más antiguos, no concebía que ninguna influencia pudiese igualar á la suya, y le hubiera gustado ser no solamente uno de los grandes dignatarios del Imperio, sino el inspirador además y el consejero de la política. La naturaleza de su espíritu respondía mal á sus ambiciones. Una particularidad dominante en Persigny era el horror que le inspiraba todo lo sencillo. No era hombre ordinario ni hombre superior, sino ingeniosamente complicado. En su juventud, el primer trabajo

salido de su pluma fué una disertación sobre las pirámides de Egipto, las cuales, según él, no eran sepulturas como comúnmente se creía, sino diques contra la invasión de las arenas. Esta tesis singular, desarrollada con bastante energía y amenidad, le pintan de cuerpo entero. En todo hacía resaltar el carácter paradójico, y aun cuando sus conclusiones fuesen triviales, llegaba á ellas por vías que ningún otro hubiera imaginado. Con el poder vino la lisonja; juzgóse nuevo y original lo que no era más que excéntrico, profundo lo que no era más que obscuro, y el ministro dejó decir con beneplácito lo que él mismo creía desde hacía mucho tiempo. La verdad es que, en medio de teorías confusas, brillaba de vez en cuando alguna claridad bastante viva y que, merced al contraste de las tinieblas que la rodeaban, parecía enteramente luminosa.

De ese personaje no se podía decir que fuese liberal ó autoritario. Su educación política se había hecho en Londres, donde vivió en condiciones muy diversas, como desterrado y como embajador. Hay algo peor que ignorar las instituciones inglesas, y es el haberlas estudiado sin comprenderlas. Persigny había traído de Inglaterra toda una provisión de ideas, reunidas del modo más extraño del mundo. Le gustaba mucho el principio aristocrático, que, según él afirmaba, hubiese consolidado el Imperio: en cambio, no se había compenetrado de ninguna de las condiciones que fundan y conservan las aristocracias: su carácter receloso y fantástico hubiera respetado difícilmente las superioridades naturales; y de hecho, durante su ministerio, se le vió asustarse de todo lo que podía causar perjuicio al trono, hasta de las inofensivas sociedades de San Vicente de Paúl. Se llamaba descentralizador; pero como lo prueban sus decretos, como lo prueban las memorias que más tarde había de presentar al emperador (1), su concepción no iba más allá de un cambio de atribuciones, y se figuraba que, para dar mayor libertad al país, bastaba transferir á los prefectos, cuyo poder había aumentado muchísimo, los despojos de los negociados ministeriales. Odiaba al parlamentarismo, reprobaba igualmente el despotismo y trazaba entre uno y otro un camino obscuro por el cual sus amigos á duras penas podían seguirle y por el cual él mismo se perdía. De todo lo que había traído de Londres, lo más curioso era la colección de los *Bills* dictados, durante los primeros tiempos de la casa de Hannover, contra los partidarios de los Estuardos y los papistas. Del estudio de estas leyes Persigny sacaba una conclusión tan ingeniosa como inesperada. Notaba que los ministros de la reina Ana y de los Jorges se habían guardado bien de desarmarse mientras existió en el Reino Unido un solo católico rebelde, un solo estuardista insumiso. ¿Quién hubiera osado censurar al Imperio por observar igual reserva? Así nació la teoría que proclamaba una libertad íntegra, pero sólo después de la extinción completa de los antiguos partidos. Con eso Persigny creaba una especie de liberalismo aparte, el liberalismo á *plazo ó condicional*. «*El que tiene plazo no debe nada,*» dice una antigua máxima jurídica. En efecto, el Sr. de Persigny nada debía y, por lo tanto, no daba absolutamente nada. Cada vez más aficionado á la importación, Per-

(1) Véase *Memoires*, de M. de Persigny, páginas 302-318.